

mentos públicos en toda la superficie del territorio, la regularidad, el orden y la abundancia que reinaban en la hacienda, los esfuerzos desplegados para difundir la instrucción, para hacer estensivo á todos los comunes el beneficio del culto, en fin, tantas creaciones útiles, cuyo curso no habia podido interrumpir una guerra gigantesca, antes bien habia proporcionado los medios, merced á los tributos satisfechos por los reyes vencidos, Mr. de Fontanes, presidente del Cuerpo legislativo, contestó con el discurso siguiente, que habia podido escribir de antemano porque los sentimientos, que en él se hallaban expresados, eran los de todas las almas.

«Señor ministro de lo Interior, señores consejeros de Estado.

«El cuadro que habeis presentado á nuestra vista, nos ofrece la imagen de uno de esos reyes pacíficos ocupados únicamente en la administracion interior en el centro de sus Estados; y sin embargo, todos esos trabajos útiles, todos esos proyectos sábios que deben perfeccionarlos, fueron concebidos y decretados en medio del estruendo de las armas, en los últimos confines de la Prusia conquistada, y sobre las fronteras de la Rusia amenazada. Si á quinientas leguas de la capital, un héroe preparó tantos beneficios entre los afanes y fatigas de la guerra, ¿cuánto los aumentará al encontrarse otra vez el medio de nosotros?... La felicidad pública le ocupará enteramente y su gloria será mas interesante.

«Estamos muy lejos de rehusar al heroismo los homenajes que obtuvo en todos los tiempos. La

filosofía ultrajó mas de una vez el entusiasmo militar; venguémosle aqui nosotros.

«La guerra, esa enfermedad antigua y desgraciadamente necesaria, que ha trabajado todas las sociedades; ese azote, cuyos efectos es tan fácil deplorar como difícil de extirpar su causa, la guerra misma no deja de reportar utilidad á las naciones. Da nueva energía á las viejas sociedades, reconcilia y aproxima entre sí á grandes pueblos, por largo tiempo enemigos, que aprenden á estimarse sobre el campo de batalla; remueve y fecundiza los ánimos con espectáculos extraordinarios, y sobre todo instruye al siglo y al porvenir, cuando produce uno de esos genios extraordinarios creados para cambiar el aspecto de las cosas.

«Mas para que la guerra tenga semejantes ventajas no debe prolongarse mucho, ó se siguen en otro caso males irreparables. Los campos y los talleres quedan desiertos, las escuelas en que se forman el talento y las costumbres son abandonadas, la barbarie lo invade todo poco á poco, y las generaciones segadas en flor, ven desaparecer con ellas las esperanzas del género humano.

«El Cuerpo legislativo y el pueblo francés bendicen al gran príncipe que ha concluido la guerra, antes de que nos haya hecho experimentar tan desastrosas influencias, y que por el contrario nos facilita tantos medios de fuerza, de riqueza y de poblacion. La guerra, que todo lo agota, ha renovado nuestra hacienda y nuestros ejércitos. Los pueblos vencidos nos dan subsidios, y la Francia encuentra soldados dignos de ella en las naciones aliadas.

«Nuestros ojos han visto las cosas mas grandes

y extraordinarias. Algunos años han sido suficientes para variar completamente la faz del mundo. Un hombre ha recorrido la Europa quitando y dando diademas. Altera, acorta ó estiende á su arbitrio las fronteras de los imperios: todo cede á su ascendiente. Pues bien, este hombre cubierto de tan inmensa gloria, nos promete mas todavía: pacífico y desarmado, probará que esa fuerza invencible que en su rápido curso derriba los tronos y los imperios, es muy inferior á esa sabiduría verdaderamente real que los conserva por la paz, los enriquece por medio de la agricultura y de la industria, los adorna con las obras maestras de las artes, y los afirma eternamente sobre la doble base de la moral y de las leyes.»

El Cuerpo legislativo dió principio inmediatamente á sus tareas, que prosiguieron con la calma y actividad naturales en unas discusiones de pura fórmula; porque el exámen detenido de las leyes propuestas habia tenido efecto en otra parte, es decir, en las conferencias entre el Tribunado y el Consejo de Estado. Durante esta corta legislatura que le detenia en París, y diferia su partida á Fontainebleau, Napoleon celebró el matrimonio de su hermano Gerónimo con la princesa Catalina de Wurtemberg. Esta jóven princesa, dotada de las mas nobles cualidades, hermosa é imponente, altiva como su padre, pero tierna y dedicada enteramente al cumplimiento de sus deberes, y destinada á ser un dia modelo de las esposas en la adversidad, llegó al palacio de Raincy, cerca de París, el 20 de agosto, algo turbada con la situacion que la esperaba en una córte, cuyo brillo y poder nadie negaba en Europa, pero que se la pin-

taba como la mansion de la fuerza brutal, y en la que no debia acompañarla ninguno de los servidores que la habian rodeado desde su infancia. Napoleon la recibió el 21 en la primera grada de la escalera de las Tullerías: iba á inclinarse delante de él, pero la recibió en sus brazos, y la presentó en seguida á la emperatriz, á toda la córte y á los diputados del nuevo reino de Westfalia, reunidos en París para asistir á aquel enlace. Al dia siguiente, los jóvenes esposos quedaron civilmente unidos por el archicanciller Cambaceres, y al otro recibieron la bendicion nupcial del arzobispo, que siempre adicto al emperador por inclinacion y reconocimiento, habia acudido á consagrar por sí mismo la nueva dinastía alemana, fundada al Norte de la confederacion, de que era canciller y presidente.

Las fiestas celebradas con motivo de este matrimonio, duraron muchos dias, en cuyo tiempo Napoleon preparó la marcha de los nuevos esposos á la Westfalia. Su reino, compuesto principalmente de los estados del gran duque de Hesse, destronado por sus perfidias, debia tener por capital á Cassel. Comprendia ademas del Hesse Electoral, la Westfalia y las provincias segregadas de la Prusia á la izquierda del Elba. Magdeburgo era su principal fortaleza. Tenia ademas la esperanza de enriquecerse con una parte del Hanover. El título de reino de Westfalia, correspondia á su situacion geográfica, á su estension y á su papel en la Confederacion del Rin. Tenia tambien una especie de grandeza, y no recordaba, como hubiera sucedido con el reino de Hesse, el despojo de una gran familia alemana. Napoleon encargó á tres

consejeros de Estado, los señores Simeon, Beugnot y Jollivet que fuesen, con el título de regencia provisional, á dar principio á la organizacion administrativa de aquel reino, de modo que cuando llegase el príncipe Gerónimo encontrase ya establecido una especie de gobierno, y despues de su llegada, sábios consejeros capaces de guiar su inesperienza. Napoleon le hizo marchar en seguida con las instrucciones que se verán á continuacion.

«Hermano mio: pienso que debéis trasladaros á Stuttgard, como habeis sido invitado por el rey de Wurtemberg. Desde allí os dirigireis á Cassel con toda la pompa de que las esperanzas de vuestros vasallos quieran rodearos. Convocareis á los diputados de las ciudades, los ministros de todas las religiones, y los diputados de los Estados que existen en la actualidad, haciendo de modo que haya nobles y plebeyos por partes iguales; delante de esta asamblea, recibireis la constitucion y prestareis juramento de guardarla, é inmediatamente despues recibireis el de aquellos diputados de vuestros pueblos. Los tres miembros de la regencia quedan encargados de haceros la entrega del país. Formarán un consejo privado que permanecerá á vuestro lado mientras le necesiteis. No nombreis al principio mas que la mitad de vuestros consejeros de Estado; este número será suficiente para comenzar los trabajos, procurad que los nobles no compongan la mayoría, pero hacedlo de modo que nadie se aperciba de vuestra habitual vigilancia en mantener en esta mayoría al estado llano en todos los empleos. Esceptuó algunos destinos de la corte, que por consecuencia de los mismos principios,

requieren grandes nombres. Pero si es posible, conviene que en vuestros ministerios, en vuestros consejos, en vuestros tribunales superiores, y en vuestras administraciones, la mayor parte de las personas que empleeis, no sean nobles. Esta conducta penetrará en el corazon de la Germania y tal vez alligirá á la otra clase, pero no os dé cuidado: basta con evitar la afectacion en este modo de obrar. Procurad no entrar jamás en discusiones ni manifestar que dais tanta importancia á la elevacion del estado llano, aparentando que lo haceis solamente por profesar el principio de que debe escogerse el talento en donde quiera que se encuentre. Ya os dejo trazadas las reglas generales de vuestra conducta. He dado orden al mayor general para que os entregue el mando de las tropas francesas que se hallan en vuestro reino. Acordaos de que sois francés, protegédlas, y velad porque no sufran daño alguno. Poco á poco, y á medida que ya no os sean necesarios, ireis despidiendo á los gobernadores y comandantes de armas. Mi opinion es, que no os apresureis, y que escuchéis con prudencia y circunspeccion las quejas de las ciudades que no piensan mas que en deshacerse de los embarazos que ocasiona la guerra. Tened en cuenta que el ejército ha permanecido seis meses en Baviera, y que este buen pueblo ha soportado esta pesada carga con paciencia. Antes del mes de enero debéis haber dividido vuestro reino en departamentos, establecido en ellos prefectos, y principiado vuestra administracion. Lo que me importa sobre todo, es que no dilateis un solo momento el establecimiento del Código Napoleon. La constitucion le fija irrevoca-

blemente en primero de enero. Si retardáseis ponerle en vigor, llegaría á hacerse una cuestion de derecho público, y os veriais embarazado con mil incidentes y reclamaciones. No dejarán de oponeros objeciones, pero manifestad una voluntad firme. Los individuos de la regencia que no opinan por lo que se ha hecho en Francia durante la revolucion, os harán representaciones; respondedles que eso no les incumbe. Pero ayudaos con sus luces y su esperiencia, de ellas podreis sacar gran partido. Escribidme con mucha frecuencia... Adjunta encontrareis la constitucion de vuestro reino. Esta constitucion comprende las condiciones con que yo renuncio á todos mis derechos de conquista y á mis derechos adquiridos sobre vuestro pais: debeis observarla fielmente. Me importa mucho la felicidad de vuestros pueblos, no solo por la influencia que puede tener sobre vuestra gloria y la mia, sino tambien bajo el punto de vista del sistema general de la Europa. No escuchéis á los que os digan que vuestros pueblos acostumbrados á la servidumbre, recibirán con ingratitud vuestros beneficios. Hay mas ilustracion en Westfalia de lo que os pudieran persuadir, y vuestro trono no estará verdaderamente cimentado sino en la confianza y el amor del pueblo. Lo que desean con impaciencia las poblaciones de Alemania, es que los individuos que no son nobles y tienen talento adquieran igual derecho á vuestra consideracion y á los empleos, y que desaparezcan enteramente la servidumbre y las barreras interpuestas entre el soberano y la última clase. Los beneficios del Código Napoleon, la publicidad de los procedimientos, y el establecimien-

to del jurado, serán los caracteres distintivos de vuestra monarquía; y si he de deciros con toda franqueza mi dictámen, cuento mas con sus efectos para la estension y firmeza de esa monarquía, que con el resultado de las mayores victorias. Es preciso que vuestros súbditos gocen de una libertad, una igualdad y un bienestar desconocidos á los demas pueblos de la Germania, y que este gobierno liberal produzca de una manera ó de otra, las reformas mas saludables para el sistema de la confederacion y el poder de vuestra monarquía. Este modo de gobernar, será una barrera mas poderosa para separaros de la Prusia, que el Elba, las plazas fuertes, y la proteccion de la Francia. ¿Qué pueblo querra volver al arbitrario gobierno prusiano, cuando haya gustado las benéficas ventajas de una administracion sabia y liberal?... Los pueblos de Alemania, los de Francia, España ó Italia, desean la igualdad y tienen ideas liberales. Hace algunos años que dirijo los negocios de Europa, y me he convencido de que los murmullos de los privilegiados, eran contrarios á la opinion general. Sed rey constitucional. Aun cuando para ello no fuesen suficientes la razon y las luces de vuestro siglo, en vuestra posicion os lo aconsejaria una buena politica.»

La legislatura del Cuerpo legislativo no podia ser muy larga aun cuando tenia que convertir en leyes muchos proyectos; porque como ya hemos dicho, las conferencias previas hacian la discusion pública casi inútil, y de puro aparato. Bastaron para ella la segunda mitad del mes de agosto y la primera del de setiembre. Concluidos los trabajos de esta legislatura, se presentó á las dos

asambleas, el senado-consulta que suprimia el Tribunado y transferia sus atribuciones y personal al Cuerpo legislativo. Iba acompañado de un discurso en que se prodigaban grandes alabanzas á los trabajos y servicios del cuerpo suprimido. Su presidente contestó pronunciando otro discurso en que dió gracias al soberano por reconocer los méritos de los miembros del Tribunado y haberles abierto una nueva carrera. Despues de estas vanas formalidades se cerró la legislatura, y se imprimió un carácter legal á las últimas disposiciones del gobierno imperial.

El 22 de setiembre marchó, por fin, la corte á Fontainebleau, en donde debía pasar el otoño en medio de espléndidos festines, y rodeada de magnífico fausto; porque Napoleon queria reproducir allí la imagen completa de las costumbres de la antigua corte. Habian sido invitados á acudir á ella muchos principes extranjeros, como el arzobispo que habia ido á París para el matrimonio del rey y de la reina de Westfalia; el archiduque Fernando, antiguo soberano de Toscana y de Salzburgo, entonces duque de Wurtzburgo, que fué con la esperanza de restablecer la buena armonia entre Francia y Austria; el príncipe Guillermo, hermano del rey de Prusia, enviado á París para obtener la rebaja de las cargas impuestas á su país; y en fin, multitud de grandes personajes franceses y extranjeros. Cazábase por el dia, y se corria á los ciervos del bosque. Napoleon habia señalado un traje de caza para los caballeros y señoras, que no se desdenaba de usar él mismo, disculpando á sus propios ojos aquellas puerilidades, con la opinion de que la etiqueta contribuye al respeto

en las córtes, especialmente en las nuevas. Por la noche, los primeros actores de París representaban á presencia suya las mejores obras de Corneille, Racine y Moliere; porque no dispensaba este honor mas que á las grandes producciones, títulos inmortales de la nacion; y para completar aquella resurreccion de las antiguas costumbres, concedió á algunas señoras de la corte, afamadas por su hermosura, miradas que affligieron á la emperatriz Josefina, y que hicieron que se hablase de él con menos seriedad que la que ordinariamente se observaba cuando se trataba de su persona.

Mientras que Napoleon, mezclando con los negocios algunas distracciones, esperaba en Fontainebleau el resultado de las negociaciones entabladas por la Rusia con la Inglaterra, las estipulaciones de Tilsit ocupaban á todos los gabinetes, y producian en el mundo sus naturales consecuencias. El Portugal, obligado á pronunciarse, pedia á la corte de Lóndres el permiso de prestarse á la voluntad de Napoleon de una manera que causase los menores perjuicios posibles al comercio británico, y evitase, tanto á los ingleses como á los portugueses, la presencia de un ejército francés en Lisboa. La corte de España, desasosegada hasta el mas alto punto por las consecuencias que podia tener su pérfida conducta del año último, y alarmada con los pensamientos que las distracciones y su inmenso poderio producirian quizá en Napoleon, le envió además de su embajador ordinario el señor Mazarredo, otro extraordinario, el duque de Frias. Estos dos señores, y el enviado secreto, Izquierdo, no pudieron penetrar el temible misterio de su porvenir. El Austria sentia amargamento

no haber obrado en el intervalo de las dos batallas de Eylau y de Friedland; y profundamente inquieta, por las señales de inteligencia que comenzaban á vislumbrarse entre los dos emperadores de Francia y Rusia; reflexionaba que su alianza, tan natural cuando Francia luchaba con Inglaterra por mar y con la Alemania por tierra, y tan temible en todo tiempo para Europa, estaba tal vez en aquel momento completamente concluida, y que las provincias del Danubio, que á la sazón se hallaban ocupadas por los rusos, serian, segun todas las probabilidades, el premio de la nueva union. Si era asi, las desgracias que habia experimentado en este siglo iban a llegar á su colmo; porque despojada en quince años de los Países Bajos de la Italia, del Tirol, de la Suabia, y arrinconada detrás del Inn y de los Alpes Estirios y Julianos, no la faltaba ya mas que sufrir la mayor y última de las calamidades, la de ver á la Rusia establecida en la parte baja del Danubio, cortarla por el mar Negro, y envolverla por el Oriente, mientras que la Francia lo hacia por el Occidente. Asi es que en todas las cortes en que los representantes de Austria se encontraban con los de Francia, en España, en Italia y en Alemania, se los veia agitados, suspicaces y escudriñadores, procurar por todos los medios posibles sorprender el secreto de Tilsit, en unas partes á precio de oro, en otras en un momento de abandono, y preguntarlo en todas con la mayor indiscrecion. Y mientras en todas partes se esforzaban por penetrar los proyectos de la nueva alianza, sin poder conseguirlo, los daban por enteramente descubiertos en Constantinopla; decian á los turcos que la Francia los habia aban-

donado, vendido y entregado á la Rusia; que debian volver sus armas contra los franceses, continuar las hostilidades con los rusos, y reconciliarse con los ingleses, que no estarian solos para auxiliarlos.

Oprimida la Prusia con el peso de su desgracia, cuidándose poco de las condiciones secretas estipuladas en Tilsit, y mucho menos de lo que llegaria á ser en el Oriente el equilibrio de la Europa, destruido ya para ella en el Occidente, no pensaba mas que en obtener la evacuacion de su territorio, y la reduccion de las contribuciones de guerra que la habian sido impuestas; porque en la postracion en que se encontraba, cada suma quedaba á la Francia era un recurso menos para reconstituir su ejército y reparar algun dia sus reveses.

Muy distinto era el espectáculo que presentaba Rusia, pues se veia á su soberano, que habia buscado en la alianza francesa perspectivas de grandeza propias á indemnizarle de sus últimas pérdidas, hacer continuos esfuerzos para que adoptasen sus miras la corte, la aristocracia y el pueblo. Mas como en Tilsit se encontró casi solo, espuesto á las seducciones de Napoleon, no podia conseguir que los demas pasasen, con tanta presteza como él, de los furoros de la guerra á las dulzuras de una nueva alianza. Esforzabase, pues, entonces en persuadir á todo el mundo, que con la reconciliacion de la Francia habian terminado las cosas del mejor modo posible: que sus últimos ministros, indisponiéndole con aquella potencia, le habian hecho seguir una senda funesta, de que habia podido salir con tan a ventura como habilidad: que no habia cometido mas error que el de

haber confiado en el valor del ejército prusiano y en la lealtad de la Inglaterra, pero que estaba bien desengañado de aquella ilusión; que solo existían en Europa dos ejércitos dignos de mención, el ruso y el francés: que era inútil hacer que se batiesen por servir la causa de una potencia pérfida y egoísta como la Gran Bretaña, y que valía mucho más unirlos con un objeto común de paz y de grandeza: de paz, si el gabinete de Londres desistía por fin de sus pretensiones marítimas; de grandeza, si obligaba todavía á la Europa á continuar por el camino de los tormentos y de los sacrificios: que en este caso era necesario que cada uno pensase en sí mismo, en sus propios intereses, y que ya era tiempo de que la Rusia mirase por los suyos. Al llegar Alejandro á este punto de sus esplicaciones, no atreviéndose á descubrir el velo de todas las esperanzas que Napoleón le había permitido concebir, ni menos á confesar la existencia del tratado reservado que se había prometido tener en el mayor secreto, tomaba una actitud misteriosa, pero satisfecha; dejaba traslucir lo que no osaba decir, aunque lo deseaba con ahínco, y hablando, por ejemplo de la Turquía, declaraba con demasiada franqueza que se iba á celebrar un armisticio con ella, pero que no evacuaría las provincias del Danubio; que las tropas permanecerían en ellas largo tiempo, y que no opondrían dificultades en París á tan prolongada ocupación.

Esta especie de revelaciones, más que para inclinar los ánimos á las ideas del emperador Alejandro, sirvió para excitar una indiscreta curiosidad. Ayudábale eficazmente Romanzow, que lo sabía todo, que había servido á Catalina, y parti-

cipaba de su ambición oriental. El ministro repetía como el soberano que era necesario tener paciencia, aguardar el desenlace de los sucesos, y que no tardaría mucho en darse la esplicación más cumplida y satisfactoria del cambio de política efectuado en Tilsit.

Pero el emperador no siempre era escuchado y obedecido. El público, extraño á los secretos de la diplomacia imperial, y desanimado con las últimas derrotas, se mostraba triste y predispuesto contra los franceses. Los grandes, particularmente, recordando la movilidad de la política rusa en tiempo de Pablo, sospechaban que continuaría en el reinado de su hijo Alejandro, y temían que la intimidad con la Francia produjese bien pronto la guerra con la Inglaterra, lo cual los alarmaba mucho por sus rentas, siempre amenazadas cuando el comercio británico no compraba sus productos. Así fué, que cuando el general Savary llegó á San Petersburgo poco después de haberse firmado la paz, encontró la acogida más fría, escepto del emperador Alejandro y dos ó tres familias que componían la sociedad íntima de aquel príncipe. La catástrofe de Vincennes, que recordaba el general Savary, no era seguramente muy á propósito para atraerle simpatías que la política alejaba; pero la verdadera causa de la indiferencia general consistía en la memoria de hostilidades recientes, de grandes derrotas, sin ningún acontecimiento que pudiera consolar el amor propio nacional. El emperador, perfectamente instruido de aquella situación, procuraba hacer al general Savary soportable y aun agradable su mansión en San Petersburgo, le colmaba de atenciones, le admitía casi diariamente á

su lado, le convidaba con frecuencia á su mesa, y temeroso de lo que pudiera comunicar á Napoleon, le exhortaba á tener paciencia, diciéndole que todo cambiaria cuando se borrasen las últimas impresiones, y la Francia hubiese hecho algo para satisfacer la justa ambicion de la Rusia. No sabia hasta qué punto podia hallarse el general Savary iniciado en el secreto de Tilsit y se afanaba en adivinarlo, para tener el placer, si el general conocia aquel secreto, de conversar con él acerca de sus muchas preocupaciones. El enviado francés no se hallaba instruido mas que en parte, y aun tenia orden de aparentar que lo estaba mucho menos, porque Napoleon no queria que el joven emperador, conversando siempre sobre los objetos que le habian ocupado en Tilsit, concluyese por confirmarse en sus propios deseos, y por tomar simples eventualidades, por realidades próximas. El general Savary respondia, pues, con estremada reserva á las insinuaciones del emperador, y con viva gratitud á sus amables atenciones: mostrábase contento, poco turbado por la desagradable acogida de la sociedad rusa, y lleno de confianza en el pronto cambio de aquella disposicion de los ánimos. Tenia por otra parte, para defenderse, bastante talento, mucho aplomo, y la inmensidad de la gloria nacional, que permitia á los franceses marchar por todas partes con la cabeza erguida.

El ejemplo del emperador Alejandro, y su voluntad terminantemente manifestada, habian franqueado al general Savary la entrada en algunos de los mas importantes salones de San Petersburgo; pero la mayor parte de las grandes familias continuaban escluyendole de ellos; porque Alejandro,

dueño del poder, no lo era, sin embargo, de la alta sociedad, colocada bajo otra influencia que la suya. Como aquel príncipe debia á una gran catástrofe la posesion anticipada del cetro de los czares, procuraba indemnizar á su madre que habia descendido antes de tiempo á la condicion de viuda, dejándola toda la esterioridad del poder supremo. Aquella princesa, virtuosa, pero altanera, se consolaba de haber perdido con Pablo la mitad del imperio, por todo el fausto de la representacion imperial de que su hijo queria que estuviese rodeada. En cuanto á él, no tenia corte. No amaba á su esposa la emperatriz, beldad fria y grave, y en cuanto comia se apresuraba á salir de su palacio, para dedicarse á los negocios con los hombres de estado confidentes suyos, ó entregarse á los placeres con una señora rusa de quien estaba enamorado. La corte se reunia en la habitacion de su madre. Allí se dejaban ver los cortesanos que apetecian vivir en la sociedad del soberano, que tenian favores que obtener, ó dar gracias por los ya recibidos. Todos iban á solicitar ó á manifestar su gratitud á la emperatriz madre, como si fuese la única autora de los actos del poder imperial. El mismo Alejandro se presentaba allí con la asiduidad de un hijo respetuoso y sumiso, que aun no hubiese heredado el cetro paterno. La emperatriz madre queria tiernamente á su hijo, no hablaba ni consentia nada que pudiese contrariarle; pero se dejaba llevar de sus propios sentimientos, manifestando con respecto á los franceses una repugnancia muy visible. Recibió, pues, al general Savary con la mas fria urbanidad. Este no se alteró, pero hizo entender con suma destreza al hijo, que no se le escapaba nin-



guna de aquellas circunstancias. Alejandro, en un momento de impaciencia, no pudo contenerse ya, y temiendo que por aquel afectado respeto hacia su madre, un extranjero; un ayu-lante de campo de Napoleon, pudiese no reconocerle por el verdadero señor del imperio, tomó la mano del general, y le dijo: Aquí no hay mas soberano que yo; respeto á mi madre, pero todo el mundo me obedecerá: estad seguro de ello: en otro caso recordaré á quien lo necesite, la naturaleza y la estension de mi autoridad.—El general Savary, satisfecho de haber arrancado al emperador semejante confianza, picando su orgullo imperial, se contuvo seguro ya de sus buenas disposiciones y de su celo en mantener la nueva alianza. La corte de la emperatriz madre se mostró bien pronto, no ya mas política, porque siempre lo habia estado, sino mas afectuosa.—Esperemos, decia continuamente el emperador Alejandro al general Savary, lo que hará la Inglaterra. Sepamos qué partido es el que toma, entonces yo romperé, y cuando me pronuncie nadie resistirá.

Aguardabase efectivamente con impaciencia el giro que tomaria la política de la Inglaterra. El tratado de Tilsit ya se habia publicado: conociase muy bien que no se decia en él todo, y que la nueva intimidad con la Francia suponía otras estipulaciones secretas. Mas en fin, segun las disposiciones patentes de aquel tratado, y sin profundizar mas, se sabia que la Rusia serviría de mediadora á la Francia en la cuestion de la Inglaterra, y la Francia á la Rusia con respecto á la Puerta. Se aguardaba, pues, el resultado de esta doble mediacion.

Fiel á sus empeños, el emperador Alejandro, en

cuanto llegó a San Petersburgo, dirigió una carta al gabinete británico, en la cual le manifestaba su vehemente deseo de la paz general, y le ofrecia su mediacion para reconciliar a la Francia con la Inglaterra. Esta nota fué recibida por el embajador británico en San Petersburgo, y por el ministro de Negocios extranjeros en Londres, con una frialdad que no dejaba muchas esperanzas de avenencia. Efectivamente, los nuevos ministros ingleses, medianos discípulos de Mr. Pitt, no se inclinaban de modo alguno a la paz. Su origen, sus relaciones de partido, y su elevacion al ministerio, es lo que únicamente puede esplicar la política que adoptaron en aquella circunstancia decisiva.

Nuestros lectores recordarán sin duda, que cuando Mr. Pitt fué llamado en 1806 á aconsejar á Jorge III, despues de haber sostenido en union de Mr. Fox una lucha muy viva contra el ministerio Addington, habia tenido la debilidad ó la infidelidad de aceptar el ministerio, sin contar con Mr. Fox y sus mas antiguos amigos, como los señores Grenville y Windham. Habia vuelto á dirigir los negocios con hombres nuevos, los señores Canning y Castlereagh, de poca importancia política entonces. Esta conducta para con sus amigos antiguos ó modernos, le habia hecho perder mucho partido en el parlamento, y hecho poco brillante su segundo ministerio; la batalla de Austerlitz le dió un golpe mortal. Apenas dejó de existir Mr. Pitt, sus débiles colegas Canning y Castlereagh, se creyeron incapaces de hacer frente á hombres como Grenville y Windham, antiguos colegas de Pitt, y á Mr. Fox, su ilustre y constante rival. Retiraronse á su presencia apresuradamente, y Grenville y

Windham entraron en el ministerio con Fox. El sábio Mr. Adlington, con el nombre de lord Sydmouth, y el célebre Mr. Grey con el de lord Howick, formaban parte de aquel gabinete, que era una doble transacion entre las personas y las opiniones. Tambien quedó agregado á él Mr. de Sheridan, como tesorero de la marina. La reaparicion de Mr. Fox en el poder, tan corta como la de Pitt, y terminada tambien por su muerte, no duró el tiempo necesario, como ya hemos dicho, para producir el restablecimiento de la paz. Despues de las infructuosas negociaciones de lord Yarmouth y lord Lauderdale en Paris, Napoleon habia invadido la Prusia y la Polonia. El ministerio que se llamaba Fox-Grenville, se habia mantenido despues de la muerte de Mr. Fox, merced á los hombres poderosos de que todavia se componia, y al sistema de transacion que constantemente seguia. En lo interior se guardaban consideraciones con los católicos, y en lo exterior se sostenia la guerra, pero con una especie de prudencia, dando subsidios á las potencias continentales, y no esponiendo las tropas inglesas, sino en las expediciones de palpables ventajas para la Gran Bretaña. Los antiguos colegas de Mr. Pitt, amalgamados con los antiguos amigos de Mr. Fox, afectaban no hacer á la Francia una guerra de principios, sino de interés. Desatendian lo que podia recordar la cruzada contra la revolucion francesa, y se ocupaban esclusivamente en estender por todos los mares las conquistas de la Inglaterra. Apremiados por la Prusia y la Rusia para que enviasen tropas al continente, bien á Stralsund ó á Dantzig, para llamar la atencion por la espalda de Napoleon, lo habian dilata-

do siempre bajo el pretexto de que la Irlanda necesitaba tropas para custodiarla, y de que la escuadrilla de Bolonia continuaba armada, y durante aquel tiempo habian emprendido expediciones lejanas con la única mira de su interés. Asi es, que habian tomado á los holandeses el cabo de Buena Esperanza: desde aquel punto se habian dirigido á las orillas del Rio de la Plata, é intentado un golpe de mano contra Montevideo y Buenos Aires. La inercia del gobierno español, y la cobardia de sus comandantes, permitieron á los ingleses penetrar en Buenos-Aires, y apoderarse de aquella metrópoli del la América del Sud. Pero un francés, Mr. de Liniers, que desde la guerra de América habia pasado al servicio de España, logró rehacer las tropas y las poblaciones españolas, y arrojó á los ingleses de Buenos-Aires, despues de imponerles una capitulacion poco honrosa para su gloria. Tambien en Montevideo, despues de entrar en él, se vieron los ingleses obligados á alejarse de la ciudad, y ocupaban algunas islas en la embocadura de la Plata. El Mediterráneo habia igualmente llegado á ser el teatro de sus ambiciosas expediciones. Habian, como ya recordará el lector, forzado el paso de los Dardanelos, sin resultado para ellos, y hecho un desembarco en Egipto, que despues de un revés al frente de Roseta y Alejandria, solo sirvió para su precipitada retirada. En todas estas empresas, los ingleses habian ganado el Cabo, la isla de Curazao, y la animadversion de sus aliados que se creian abandonados.

Tal era la situacion del ministerio Grenville, cuando en marzo de 1807 se presentó inopinadamente una cuestion, que puso los principios mo-